

PSOE: difícil renovación

ANTONIO ELORZA

Rubalcaba ha sido un excelente ministro del Interior, pero resulta más dudoso que protagonice la regeneración cultural, asentada sobre el debate de ideas, que la situación requiere

El grupo dirigente del PSOE, aglutinado en torno a Rubalcaba, había optado por dar preferencia a la continuidad, aun antes de que el exministro hiciese pública su candidatura. La celebración de un congreso casi sin un plazo para la reflexión después de la derrota del 20-N, la designación de Sevilla como lugar en vísperas de unas importantísimas elecciones andaluzas, con el consiguiente llamamiento implícito a la unidad del partido para que el voto no sufra, y la reivindicación sin reservas en el manifiesto 'Yo estuve allí' de la gestión de Zapatero, han sido otros tantos signos de que el objetivo a lograr era un traspaso de poderes sin rupturas, cerrando filas en torno al veterano político. Lógicamente, la situación no estaba para festejos y, como buen estratega, Rubalcaba pone la palabra 'cambio' delante de 'unidad' en su acto de presentación como candidato, y se cuida de ofrecer signos fehacientes de que será capaz de dar un nuevo impulso al partido. Ahí está la formación de un entorno intergeneracional, a efectos de deshacer la imagen de gerontocracia asociada a él mismo, o la sugerencia de que el PSOE será de nuevo un partido nacional (español) con una misma voz en todos los lugares del país, recuperando el término mágico de Ortega y Gasset: vertebración.

En la misma dirección se encuentra la recogida del guante de sus opositores, en cuanto a la iniciativa de unas primarias abiertas a los simpatizantes. La combinación de tales elementos refleja el giro hacia criterios de elección racional del candidato, tras su desafortunada campaña, y puede responder a la presencia a su lado de uno de los intelectuales socialistas más lúcidos, el sociólogo José María Maravall, desaprovechado durante décadas por el partido después de su paso por el Ministerio de Educación.

La lectura más inmediata del acto celebrado en los locales de la UGT es que Rubalcaba ha operado en estos preliminares del congreso con precisión matemática, introduciendo en su discurso y en su estilo elementos de 'los treinta', para dejar a sus peones la tarea de combatirlos. Como consecuencia, dado su control del aparato del PSOE, se confirma como favorito. La fragilidad de su oponente también le favorece. Si no hay grandes sorpresas, debe ganar en Sevilla.

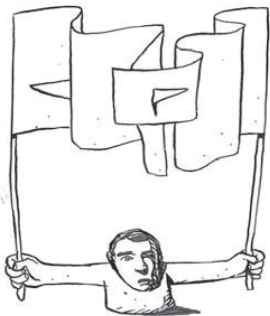
Otra cosa es que se hayan disipado las dudas en torno a su capacidad para impulsar la recuperación y sobre una personalidad que hasta ahora no se caracterizó precisamente por propugnar un tipo de partido, no ya con corrientes a la francesa, sino al menos respetuoso con el pluralismo y el debate, tanto dentro del partido como entre éste en la sociedad. Éste es a mi juicio un punto fuerte del manifiesto 'Mucho PSOE por hacer', que los defensores del oficialismo prefieren lógicamente ignorar: el partido se distanció de la sociedad española, de forma espectacular en los últimos tres años, y se encontró con la respuesta de que incluso bue-

na parte de sus fieles le habían abandonado. Conviene añadir que este distanciamiento no fue obra del azar, ni surgió con Zapatero, aun cuando se manifestaran con éste los efectos más negativos. Su entrada en juego fue temprana, como réplica al caos visible en la crisis del pro o contra Marx, y Alfonso Guerra le dio el eslogan: «Quien se mueva no sale en la foto». Dentro del PSOE y cuando se hizo cargo del Estado, en la proyección de éste sobre la sociedad.

Tuve ocasión de comprobarlo personalmente en un programa sobre socialismo y capitalismo en los 90, con Guerra como figura estelar, donde la periodista tenía prohibido que surgiera el tema de una reciente huelga general. Una vez que estalló ante las cámaras el malhumor del 'número dos' ante la entrada en escena del tema proscrito, ignoro las consecuencias inmediatas, pero el hecho es que la presentadora canaria acabó pasando del comentario político a los programas del corazón. Igual que los portavoces del PSOE en 2008 tuvieron vetado hasta muy tarde el uso de la palabra 'crisis', y luego el reconocimiento del fracaso (y de los costes) de las políticas más o menos keynesianas. Igual que ahora, allí donde alcanzan las influencias del grupo dirigente, no aparece siquiera

una rendija de estimaciones a favor de 'los treinta'. Rubalcaba ha sido un excelente ministro del Interior. Resulta más dudoso que protagonice la renovación cultural, asentada sobre el debate de ideas, que la situación requiere. Parece desconfiar de los intelectuales y toda muestra de disidencia o de actitud crítica en su entorno institucional ha de ser rápidamente zanjada. El problema reside en que esa desconfianza le lleva a dar prioridad siempre a los planteamientos concretos y a evitar los de mayor alcance, según pudo apreciarse de manera dramática en la campaña electoral, no siendo capaz de formular una alternativa creíble a Rajoy.

Ninguna muestra más clara de esa propensión a cortar alas al pensamiento que su rechazo a plantear una actualización en profundidad de la socialdemocracia, quedándose contento con afirmar que quien fracasó fueron las políticas neoliberales. Por no hablar del aplazamiento del debate de ideas para 2013, cuando ya su poder se encuentre consolidado y nadie se atreva a proponer un examen de la gestión de Zapatero (y del Gobierno al que Rubalcaba perteneció). Resulta una curiosa vía para la renovación: cerrar el paso al análisis de las causas que han llevado al PSOE a su derrumbamiento, así como aplazar toda reflexión sobre el tema clave de qué puede hacer la socialdemocracia en una coyuntura como la presente y con un desmantelamiento de las barreras defensivas del 'poder compensatorio' de los grupos más débiles de la sociedad. Tiene razón Rubalcaba al plantear que el PSOE debe erigirse en defensor, tanto de los trabajadores como de las clases medias, y que su objetivo ha de ser la supervivencia del Estado de bienestar. Pero, ¿cómo sin pensarlo previamente?



JOSE IBARROLA